

AYUNTAMIENTO DE TRUJILLO

19/05/2018

ACTO SOLEMNE PARA LA FIRMA DEL CONVENIO ENTRE LA REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA DE LAS LETRAS Y LAS ARTES Y LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE MÉXICO

Excmo. Sr. D. Alberto Casero Ávila, Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Trujillo, Excmo. Sr. D. Luis Maldonado Venegas, Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México, Excmos. Sres. Académicos de ambas Academias, dignísimas autoridades, señoras y señores.

En primer lugar, Sr. Alcalde, querido Alberto, muchísimas gracias por permitirnos celebrar este solemne acto académico en su casa, que sentimos como nuestra, pues la Real Academia de Extremadura es una institución extremeña, sin duda, pero es en esta bella e histórica ciudad en la que tenemos nuestra sede, lo que nos permite sentirnos con orgullo trujillanos también.

El día 6 del pasado mes de abril en un emotivo acto celebrado en el Salón de Plenos del Honorable Ayuntamiento de la ciudad de Puebla de Zaragoza, el Excmo. Sr Presidente Municipal, don Luis Banck, me honraba con la entrega de la Real Cédula de la que se ha convertido en mi segunda ciudad después de la de mi nacencia, como es Puebla, y el día 7, en la Biblioteca Palafoxiana, quien les habla recibía el alto honor de ser nombrado Académico

Correspondiente de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México y su Presidente, el Excmo. Sr. Don Luis Maldonado, me imponía el Collar de Mando de mencionada institución académica, en una sesión memorable en el que, además, el Sr. Secretario de Cultura y Turismo, el Excmo. Sr. Don Roberto Trauwick, me hacía entrega de la "Clavis Palafoxiana" en nombre del Sr. Gobernador de Puebla.

Aún mantengo muy vivo el recuerdo de aquellos momentos tan singulares. Sin embargo, aún debía dejar espacio en mi mente y mi corazón para más emociones y sentimientos, pues ese mismo día en una noche inolvidable, tanto para mí como para mis compañeras Yolanda y Alicia, don David Villanueva Lomelí, Presidente del Capítulo Puebla de la Academia Mexicana de Derecho Internacional me obsequiaba con la medalla que me acredita como miembro de la "Orden Mexicana del Derecho, la Cultura y la Paz", y el Lic. Don Jorge Cruz Bermúdez, Presidente de la Legión de Honor Nacional de México, colgaba en mi cuello la medalla de esta loable institución. Y para poner a prueba los límites en mi capacidad de emocionarme y sentirme agradecido, el día 13 el Congreso Nacional de la Abogacía me entregaba la Medalla "Benito Juárez" en una imborrable jornada celebrada en la bella sede de la Academia Nacional de Historia y Geografía en ciudad de México.

Me permito la licencia de hacer esta relación de honores recibidos el pasado mes de abril en Puebla y a ciudad de México no por un fatuo ejercicio de vanidad, sino como una excusa más para agradecer, de nuevo y públicamente, a las instituciones y a las

personas que están al frente de las mismas, como es el caso del diputado Maldonado, el orgullo con el que recibí estas distinciones. Nunca podré agradecer lo suficiente los honores recibidos, pero espero hacerme acreedor de los mismos no por lo que haya podido hacer hasta este momento, sino por lo que pueda hacer a partir de ahora y hasta el final del camino.

Dije entonces con motivo de aquellas distinciones, y lo repito ahora, que acepté las mismas con el máximo de los orgullos y el mayor de los respetos, tanto por lo que significan para mí como para lo que significan para mi familia, pues a ella hurto las horas, días y semanas y meses que dedico a México; por lo que significan para mi equipo de la Universidad de Extremadura, aquí presente en buena parte, y del que me siento tan orgulloso; por lo que significan para el conjunto de la Universidad de Extremadura, para la Real Academia de Extremadura y por lo que significan para toda la región extremeña; por lo que representan para una tierra con la que me siento unido por nacimiento y sentido de pertenencia; por lo que representan para dos instituciones, Universidad y Academia, que me acogen en su seno para colmarme de satisfacciones. Una tierra, un gobierno regional y dos instituciones en cuyos textos fundacionales y estatutarios se insta a estrechar lazos con América, lo que, por obvio que resulte, no podemos dejar de recordar y evocar quienes hemos hecho de esos lazos bandera personal y profesional.

Dije entonces también, y me permito evocar nuevamente aquí, que considero esta gran nación que es México, no como mi

segunda patria, sino una misma patria con la española. Hace años que es así. En esa gran nación he descubierto la belleza verdadera, la amistad anchurosa, la entrega generosa y la gratitud sincera, pero también la nobleza e ingente capacidad para superar y sobreponerse a las adversidades naturales o humanas más difíciles, como pusieron de manifiesto, para ejemplo de toda la humanidad, con motivo de los temblores del año pasado. Todo ello sigue contribuyendo a que me sienta con esa doble nacionalidad que en realidad es solo una: la novohispana.

El próximo año se cumplirán quinientos de una historia a la que podríamos añadir muchos adjetivos. Pero, sobre todo, y prescindiendo de otros calificativos, se cumplirán cinco siglos de una historia compartida. Un adjetivo al que, a veces de forma eufemística, se acude con alguna frecuencia cuando no se quieren utilizar otros para referirse a la Historia Moderna de América. Pero, ¿realmente sabemos lo que decimos cuando hablamos de historia compartida?

No esperen de mí en estas palabras una respuesta razonada ni razonable, pues no me considero capacitado para hacerlo y estoy seguro que en la sala hay personas mucho más doctas y voces más autorizadas para responder a la interrogante. Si puedo decirles, en cambio, lo que, desde mi punto de vista, desde el punto de vista de un historiador del arte, del patrimonio y de la cultura, significa compartirla historia.

Estamos en una ciudad de la que partieron numerosos trujillanos que fueron parte fundamental de la empresa americana en

los tiempos de la modernidad histórica. Muy cerca de aquí se encuentra la localidad (Belvís de Monroy) de la que salieron los Doce Apóstoles de México para fundar el importante convento de Huejotzingo. Estamos en una tierra de emigración y exilio. En una tierra detransterrados que recalaron en México y que, merced a la encomiable labor del presidente Lázaro Cárdenas, pudieron no solo salvar sus vidas, sino tener la oportunidad de dar una nueva dimensión a las mismas para seguir construyendo y compartiendo la historia.

Y me gustaría simbolizar esta histórica relación entre Extremadura y México, simbolizar esa historia compartida, en dos nombres, en dos extremeños separados por varios siglos pero unidos por el vínculo novohispano que ambos forjaron con su obra. Me refiero al trujillano Francisco Becerra y al badajocense Ruben Landa. Francisco Becerra, que se formó como arquitecto en la cantera de esta piedra hecha ciudad, como es Trujillo, y que con obras como la catedral de Puebla de los Ángeles escribiría una de las páginas más importantes de la arquitectura virreinal de la Nueva España. Y qué decir de Rubén Landa, que tanto contribuyó a la Academia Hispano Mexicana y el Instituto Luis Vives y que, en calidad de presidente del Patronato de los Niños de Morelia, esa loable institución de la FOARE (Federación de Organismos de Ayuda a los Refugiados Españoles) se ocuparía de tutelar a los niños españoles llegados a México en 1937 y conocidos como “los niños de Morelia”, que estudiaron en la Escuela España-México de Morelia. Todos ustedes saben perfectamente a qué me estoy refiriendo, pero Doña Socorro Cortés, que forma parte de la ilustre delegación de la

Academia Nacional de Historia y Geografía de México que nos acompaña, lo sabe de manera muy especial, por ser la viuda y depositaria del legado de D. Juan Rueda Ortiz.

Dos extremeños cuyos nombres lucen con letras de molde en la historia compartida. Pero hay otros nombres de españoles y españolas, de extremeños y extremeñas, que no figuran en esa historia y que contribuyeron con su trabajo y su sangre a construir un mundo mestizo, a cimentar lo que hoy llamamos cultura novohispana y a fortalecerla como palanca sobre la que hoy poder edificar un presente y un futuro de relaciones, como la que hoy constituimos entre dos instituciones académicas.

Historia compartida y cultura novohispana, dos realidades que son parte de una misma realidad, pues entiendo que ambas se explican mutuamente. Ciertamente, la cultura novohispana es el resultado de una historia compartida de 500 años, cuyas formas de expresión han ido cambiando a través de estos cinco siglos y cuyas manifestaciones son hoy motivo de orgullo tanto para México como para España. Somos los legítimos herederos de un patrimonio acuñado durante siglos, los herederos de una historia compartida, los depositarios de la cultura novohispana. Y como herederos y depositarios de tan preciado legado, que es el universo novohispano, tenemos la obligación de conservarlo y no dilapidarlo, pues es un legado que no nos pertenece totalmente.

La ingente cultura mexicana está construida en buena parte sobre los cimientos de la novohispana y esta, a su vez, sobre los de la cultura española y las culturas prehispánicas mesoamericanas y sobre el mestizaje de ambas. Si tenemos en cuenta, a su vez, las

profundas raíces de la cultura española y de las culturas mesoamericanas de los tiempos virreinales, tendremos el árbol genealógico completo, cuyos fundamentos arrancan de estratos profundos y ancestrales del saber desde tiempos inmemoriales, de estratos de algunas de las culturas que más conocimiento han aportado a la humanidad y de las que somos todavía deudores. Diríamos, por tanto, que la cultura novohispana es un compendio de saberes como en pocas ocasiones se ha producido en la historia de la humanidad.

Esos son los sólidos pilares de la cultura novohispana. Pero ¿Cuáles son los símbolos de lo que llamamos cultura novohispana? ¿Cuáles son esos símbolos en los que todos nos reconocemos? Y, sobre todo, ¿cuál es su poder de influencia en nuestros días?. Si es que todavía existen símbolos que puedan ejercer alguna influencia en esta sociedad.

Sería absolutamente pretencioso por mi parte dar una respuesta en este momento a estas interrogantes sin faltar al rigor, a la responsabilidad que el tema requiere y al respeto que ustedes me merecen. Si me atrevería, sin embargo, a plantear aquí modestamente cuál es mi punto de vista al respecto y qué peso tienen, a mi juicio, en nuestros días esos símbolos.

Muchas han sido las páginas que se han escrito por ejemplo para poner de manifiesto el peso del Renacimiento italiano, del humanismo español y de la Contrarreforma, movimientos culturales dominantes en la Europa del siglo XVI, en la cristalización de la cultura novohispana. Ciertamente existen ejemplos paradigmáticos en las tierras de la Nueva España. Tampoco han sido pocas las páginas

que se han escrito para poner de relieve el importante papel de las culturas prehispánicas en la conformación de lo novohispano. Ejemplos singulares hay también para ponerlo en evidencia. Lo verdaderamente crucial, lo que cambiaría la historia de la humanidad, fue la sabiduría de aquellos hombres y mujeres que, como el obispo Vasco de Quiroga, el extraordinario "Tata Vasco", supieron fundir lo uno y lo otro en el crisol del mestizaje.

Estoy seguro que todos podríamos enunciar múltiples pilares y símbolos en los que reconocer la cultura novohispana. Aquellos que, desde nuestra nacencia, educación, creencia o profesión, tenemos más presentes: la lengua, el arte, la religión, el mestizaje sanguíneo, etc. Sin embargo, hay símbolos en los que todos, cualquiera que sea nuestra nacencia, educación, creencia o profesión, nos reconocemos. Y, por encima de todos, uno: La Virgen de Guadalupe.

En la Sierra de las Villuercas, un extraordinario paraje natural, se encuentra el Santuario de Nra. Señora de Guadalupe, un lugar de peregrinación durante siglos al que acuden miles de personas para postrarse ante la imagen que hallara milagrosamente el pastor Gil Cordero a finales del siglo XIII. Como en Extremadura, el Santuario de la Virgen de Guadalupe de México recibe a miles de peregrinos para venerar la imagen que se apareció a otro hombre humilde, el indio Juan Diego en 1531.

Más allá de las consideraciones iconográficas y de las semejanzas fonéticas entre el vocablo árabe (Guadalupe, es decir "wad al hub", que significa *río oculto* o *corriente encajonada*, en alusión a la topografía del río Rucas) y el náhuatl "coatlallope" («la

que aplasta a la serpiente», en alusión a la visión que dijo haber tenido Juan Diego), parece existir la posibilidad, como es bien sabido, que sea una coincidencia, donde ambas fonéticas llevaron a la creación de palabras muy similares que se volvieron la misma con el paso del tiempo.

Vocablos similares, apariciones semejantes, la misma veneración, semejanzas iconográficas,.... Demasiadas coincidencias.

Sea como fuere, el caso es que después de cinco siglos la Guadalupe de Extremadura y la Guadalupe de México y de toda Hispanoamérica siguen unidas por voluntad de sus devotos, dando lugar a uno de los símbolos fundamentales de la cultura hispana y novohispana. La virgen “vestida de sol”, es la mejor muestra de una historia compartida, de una cultura compartida, de una creencia compartida.

Hoy, cuando todo se cuestiona, la presencia de la Virgen de Guadalupe en nuestras vidas resulta incuestionable. Hoy, cuando todo parece estar escrito y dicho, sigue siendo necesario que desde la comunidad científica se siga trabajando para desvelar toda una historia de relaciones entre España y América a partir del hilo conductor de símbolos y pilares como el de la Virgen de Guadalupe y el de los demás símbolos y pilares de la historia compartida.

Cuando Colón hace bautizar a los primeros naturales del Nuevo Mundo llegados a la Península en Guadalupe y en la pila bautismal que aún se conserva en el Real Monasterio, o cuando Hernán Cortés regala a la Virgen del santuario extremeño unas joyas prehispánicas aztecas, poco podían imaginar que estaban construyendo un símbolo de tal magnitud.

Patrona de Extremadura, Patrona de la Hispanidad, junto con la Virgen del Pilar, y “Reina de las España” por voluntad de Alfonso XIII en 1928, la Virgen de Guadalupe ha sido, es y seguirá siendo el mejor exponente de una historia compartida, el mejor ejemplo de la autenticidad de esa historia, la muestra más palpable de una riqueza cultural que no es solo tangible y que se adentra en lo profundo de nuestro ser y nos une como hermanos bajo su manto, bien real o imaginario según las creencias de cada cual.

No hace mucho que nos dejó el luminoso historiador y brillante diplomático don Rafael Tovar y de Teresa, firme defensor de la cultura y el patrimonio mexicanos. Suya es la frase que les leo a continuación: *“El siglo XX no sólo fue, como otros momentos de gran esplendor en la larga historia de la cultura mexicana, un periodo de extraordinaria efervescencia creativa sino también un siglo en el que esa efervescencia corrió a la par o en muchos casos fue al reflejo de la conciencia que artistas, intelectuales, sociedad e instituciones adquirieron de la existencia, la naturaleza y el significado histórico profundo del patrimonio cultural nacional”*.

Pues bien, en 1963, la poblana Elena Garro publicaba su novela *Los recuerdos del porvenir* que, para numerosos especialistas y críticos, es obra pionera del realismo mágico. Gabriel García Márquez publicaba sus *Cien años de soledad* en 1967. Este dato que, sin duda es bien conocido para ustedes, no lo es tanto para una gran mayoría, especialmente para aquella que no es especialista y que, obviamente, ha escuchado hablar mucho más de “Gabo” que de Garro, lo que, por otra parte, es lógico teniendo en cuenta la monumentalidad de la figura del celeberrimo escritor colombiano.

Valga este caso para ejemplificar lo que muchas veces sucede fuera de las aulas académicas, en las que se conoce, se analiza, se valora y se crítica la obra de las grandes personalidades de la cultura iberoamericana, mientras otros nombres de hombres y mujeres de la rica cultura novohispana del siglo XX apenas es citada y, mucho menos, apreciada.

La extraordinaria cultura novohispana del siglo XX, levantada sobre sólidos pilares como fray Andrés de San Miguel, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Cristóbal de Villalpando, Lorenzo Rodríguez,, es mucho más que los nombre de Juan Rulfo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Diego Rivera, Frida Khalo,

Es preciso rescatar del olvido, e incluso sacar del anonimato, a mujeres y hombres de la cultura novohispana del siglo XX y del presente siglo, en el que los jóvenes tratan de abrirse camino a través de la cultura; pero, desde mi punto de vista, es aún más acuciante sacar del olvido y del anonimato a aquellas mujeres y a aquellos hombres que durante siglos forjaron los pilares y fundamentos de la cultura novohispana.

Es posible que la luz con la que han brillado los nombres como los que les he citado antes hayan eclipsado otras luces, más tenues posiblemente y, como ocurre con muchas de las estrellas que hoy divisamos en el firmamento, extintas o a punto de hacerlo. Pero, aunque como las estrellas, hayan desaparecido, su luz sigue ahí. Solo hace falta que fijemos nuestra mirada, que busquemos en el firmamento.

El pasado, como el firmamento, está lleno de estrellas rutilantes, pero la distancia con nosotros nos impide apreciar todo su esplendor. El pasado reclama nuestra atención, nuestra mirada. A veces no basta con la mirada desde la tierra para descubrir nuevas estrellas, constelaciones o galaxias. Hace falta la ayuda de sofisticados telescopios o de sondas espaciales. Igual ocurre con las estrellas de la cultura del pasado. En este caso, el historiador, el investigador, las universidades, las academias y los centros de investigación se convierten en las sondas espaciales del pasado. Como en el universo, en el pasado está escrita nuestra historia y tenemos la necesidad y, de alguna forma, la obligación y el alto deber de desentrañarla, verificarla desde todos los ángulos posibles, incluida la creación artística y la poesía. Para Federico Mayor Zaragoza, a quien como bien sabe don Luis me gusta citar, *“La historia no sólo se verifica en la poesía, sino que gracias a ella se condensa, adquiere un sentido, crea las imágenes y los símbolos en que los americanos se reconocen”*.

Excmo. Sr. Alcalde de Trujillo, Excmo. Sr. Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México, Excmos. Sres. Académicos, autoridades, señoras y señores, hoy, aquí en Trujillo, estamos escribiendo una página en esa historia compartida de la que antes les hablaba. Y la estamos escribiendo gracias a la visita con la que nos honra la delegación de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México. Una visita que no es solo protocolaria. Una visita que es el inicio de un camino de relaciones entre ambas instituciones académicas y que se ha plasmado en el

convenio que acabamos de firmar y que, lejos de ser papel mojado, es toda una declaración de intenciones. Intenciones como la que se hará realidad cuando nuestras normas estatutarias nos permiten presentar a don Luis Maldonado como Académico Correspondiente de la Real Academia de Extremadura, lo que estoy seguro tendrá el respaldo unánime de los Sres. Académicos. Intenciones como el intercambio que vamos a realizar entre académicos para visitas respectivas. Intenciones como la colaboración en proyectos culturales bilaterales, como es el caso de la participación de ambas instituciones y las universidades de Extremadura y la UNAM en los actos que tendrán lugar el año próximo en torno a la figura de Hernán Cortés.

Intenciones y realidades que aquí y ahora simbolizamos en este salón de plenos del Excmo. Ayuntamiento de Trujillo con el convenio que acabamos de firmar y con la entrega de un humilde presente, cuya modestia estoy seguro que no impedirá mantener la memoria de este acto con el que iniciamos un camino de relaciones para seguir construyendo esa historia compartida.

Muchas gracias